

CAROLINE MARCH

# 24 besos



# *24 besos*

Caroline March

Esencia/Planeta

© Caroline March, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: © Margostock, © Vega, © Matt Gibson, Shutterstock

Primera edición: mayo de 2018  
ISBN: 978-84-08-18709-7  
Depósito legal: B. 7.336-2018  
Composición: David Pablo  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Capítulo 1



*Pero ¿qué has hecho, Álex?*

*(Ana)*

*Londres, 28 de diciembre de 2016*

Entré en su habitación con verdadera furia. Mi respiración, agitada e intermitente, me obligó a detenerme en el centro de la estancia para tomar aliento. Aproveché para pasarme por el dormitorio con ojos inquisitivos, buscando una pista de dónde podía encontrarse ella en ese momento.

—¡Álex! ¿Qué has hecho esta vez?

El silencio me respondió con el suave eco de mi propia voz.

No quería rendirme. Se lo debía.

En los siguientes minutos me apresuré a revisar su armario y los cajones de las mesillas. No había dejado ningún rastro, algo típico de ella. Una vez que huía, sólo quedaba una estela indeleble en el tiempo, aquel aroma tenue de un perfume que perdura en las prendas antiguas. Me senté en la cama, vencida.

—Álex, ¿dónde estás? —musité creyendo que las paredes huecas podrían responderme.

Me froté la frente buscando un indicio, una frase encerrada en el cúmulo de conversaciones fútiles, una simple señal. Nada. En uno de los cajones abiertos a mi lado vislumbré un dibujo realizado a carboncillo y conservado en una funda de plástico. Cuando reconocí al retratado, lo apreté entre mis manos y la congoja aprisionó mi garganta.

Aunque ella se empeñaba en negarlo, aquel dibujo expresaba su anhelo hacia una única persona. La forma que tenía Álex de comunicarse con el mundo era a través de sus creaciones. Era su manera de fotografiar la vida que la rodeaba. Puede que no tuvieran una técnica excelente, inusual, o que no impresionaran por su belleza, pero sí te retorcían el alma, abrían una grieta a lo que ocultaba.

Suspiré hondo y nos recordé a las tres juntas, abrazadas. La imagen se me representó al igual que un negativo sin revelar. Álex destacaba por su alegría intrínseca, esa que no se puede ocultar al objetivo, aunque también por algo que ella desconocía que tuviese. Esa cualidad que provocaba que todos a su alrededor quisiéramos estar todavía más cerca. Nunca la había visto realmente enfadada. Solía decir que perder el tiempo en algo así no merecía la pena. «Matarlos a besos» era su filosofía vital. Y era lo que envidiábamos de ella. Su incansable optimismo, su lengua afilada y burlona, su empatía social.

Una no elige a quién amar, y yo la quería. La quería con todas las consecuencias. La quería con una intensidad que me lastimaba el corazón. Porque con ella todo era más sencillo. Podías otorgarle tu confianza, incluso poner tu vida en sus manos y saber que la protegería por encima de la suya. La quería, joder, sí que la quería.

Agaché la cabeza, ya con lágrimas en los ojos.

Ella no se merecía lo que le habíamos hecho. Y no nos había dado tiempo a decírselo.

Oí voces en el piso de abajo y me acerqué a la puerta, pero no llegué a tiempo de abrirla. Lo hizo Roberto, su hermano. Entró con el teléfono en la mano, gesto serio y, también, ostensiblemente cansado. Lo miré interrogante. Su piel dorada, propia de aquellos que pasan varios meses junto al mar, había adquirido un color cetrino. Sus ojos oscuros se veían ahora opacados por la tristeza.

—¿La han localizado? —pregunté con voz ronca.

—Sí —murmuró.

—¿Y?

A veces es necesario un valor considerable para pronunciar una única sílaba.

Él negó con la cabeza.

En ese momento la odié con toda la intensidad que pude reunir. Me asustó sentir algo así contra una persona. Esa oscuridad que te cubre y emponzoña tu corazón hasta convertirlo en una dura piedra.

Y la odié por un solo motivo: nadie debe morir antes de que los demás se hayan despedido.

## Capítulo 2



### Grita

*Madrid, dos años antes*

Hay amores que queman, que lo destruyen todo a su paso y, aun así, no puedes evitarlos. Lo amé desde que tengo uso de razón. ¿Él me amó? Al principio lo creí, después dudé, y terminé afirmando la negación. Si me amaba, ¿por qué había hecho aquello?

Sin embargo, en ocasiones, mi corazón, debilitado por los golpes, con moratones y magulladuras, se rendía. Cerraba los ojos y sujetaba con fuerza el carboncillo antes de posarlo sobre la blanca prístina del papel. Mi debilidad me llevó a dibujarlo aquella noche. La última noche antes de que un accidente automovilístico cambiara por completo mi vida y la convirtiera en un infierno.

Era una tarde oscura de invierno, con el único reflejo lumínico que se filtraba de las farolas de la calle por el amplio ventanal. Había empezado a llover tímidamente. Las gotas de agua iridiscentes, al ser alcanzadas por la luz artificial, destellaban como diminutos diamantes helados cuando tocaban el suelo.

Comencé haciendo trazos sesgados con el carboncillo sobre la cartulina. Un esbozo de su cuerpo de espaldas, inclinado sobre el ordenador. Oscurecí su pelo largo y lo até en una pequeña coleta. Di forma a su perfil apolíneo y conformé su marcada mandíbula cuadrada. Bajé con firmeza para crear su cuello musculoso, apenas visible bajo aquel jersey de lana gris.

Después levanté la vista y suspiré. No quería mirarlo. No era capaz de delinear su semblante. Había conseguido estar siete años sin dibujarlo y, pese a haber transcurrido tanto tiempo, continuaba sin atreverme a vislumbrar su rostro a través del lienzo. Cada vez que pensaba en él, sentía un dolor pesado y profundo. Era como perderlo una y otra vez. Sin descanso.

Me enfrenté a mi propia imagen recortada en el cristal, opacada por la lluvia que se deslizaba por él hasta formar un pequeño charco en el alféizar. Quise gritar. Gritar hasta que él oyese mi dolor golpeando el pecho. Pero mis gritos siempre eran acallados por el silencio. El silencio de una pregunta que nunca se hizo, de una respuesta que nunca llegó. El silencio de su voz y de la mía entremezcladas. El maldito silencio.

A veces soñaba con él. No lo recordaba durante semanas y, de repente, una noche cualquiera aparecía para convertirse en un fantasma que me rondaba durante las horas de luz sin que pudiera deshacerme de su presencia.

De todas formas, intenté ser realista. Ya no tenía sentido seguir recordándolo. Ni pintándolo. Ya no existía para mí, así que guardé el retrato bajo un montón de diseños, en un cajón. Eché un vistazo al reloj y me di cuenta de lo tarde que era. Casi no quedaba gente trabajando, excepto en la planta baja, desde donde el rumor de las máquinas surgía monótono. La nana que había estado oyendo desde mi infancia. Cogí el abrigo, el bolso, y cerré el despacho. Me metí de prisa en el coche, con la mente volando a los preparativos que me quedaban por hacer antes de comenzar el fin de semana tanto tiempo antes planeado.

Me reafirmé con el volante en la mano. Mi vida había continuado después de él, y continuaría. Exactamente igual que la suya.

No obstante, tras arrancar el coche, me detuve un momento a observar las estrellas, que, en aquel lugar apartado de Madrid, podían verse brillar jugando al escondite con las nubes.

Me pregunté si él estaría mirando el mismo cielo.

Me pregunté si él alguna vez pensaba en mí.

## Capítulo 3



*La vida es puro teatro...*

*22 de septiembre de 2016, en la actualidad*

«¿Cómo me he metido en este lío?» No era la primera vez que me lo preguntaba en las últimas semanas, y sabía la respuesta. Era algo necesario para salvar a la empresa de una previsible quiebra. Sin embargo, seguía recriminándomelo mientras repasaba el programa y caminaba dando los últimos toques al escenario.

En ese momento se apagó la luz. Me tambaleé buscando un apoyo que fuera el tercer peldaño de la escalera que desembocaba en el pasillo central del teatro, pero no lo encontré. Los papeles volaron en todas direcciones y manoteé como un bebé arrojado por primera vez al agua. Me torcí el tobillo, mascullé una maldición, caí sin gracia alguna hacia atrás y bajé los cinco últimos escalones con el trasero en vez de con los pies. Aterricé con un claro gesto de estupor mientras lo acompañaba de un grito agudo, más propio de una película de terror que de una función infantil.

—¡Host...! —Me interrumpí al comprender que estaba rodeada de madres con niños, tíos con sobrinos y abuelas con nietos—. ¡Oscuridad! —dije finalmente, cambiando el sentido y la ortografía de la palabra, dejando que un padre se acercara con el teléfono y me iluminara para que pudiera levantarme.

Se lo agradecí alargándole la mano, que él sostuvo para ayudarme.

—¿Está usted bien? Ha sido un buen golpe.

En la platea sonaron unas risas disimuladas.

—Sólo me he roto el coxis, de ésta sobrevivo —contesté sonriéndole levemente.

Fruncí los labios cuando me volví, inclinándome sobre el micrófono inalámbrico, y le susurré con furia al técnico de sonido:



—¡Charlie! ¿Qué se supone que ha pasado?

—Nada, guapa, un pequeño fallo técnico.

Desde el refugio de bastidores, adonde llegué cojeando, me asomé entre las cortinas de terciopelo rojo y comprobé que el «fallo técnico» estaba sentada sobre la mesa de sonido con las faldas levantadas. Resoplé con frustración y me enfrenté al caos que se ocultaba tras de mí.

«Pero ¿cómo coño me he metido en este lío?»

Grupos de niños a medio vestir corrían de un lado a otro perseguidos por sus madres. La bruja Piruca se estaba recolocando el turbante, en el que refulgía un diamante falso del tamaño de un puño. Diana, mi amiga y fotógrafa del evento, sonreía con displicencia. Me rasqué sin disimulo alguno la parte golpeada y suspiré con cansancio: «A lo hecho, pecho», como decía el abuelo Braulio, experto en frases adecuadas para cada momento».

Todo había comenzado cuando había tenido la brillante idea de estudiar Bellas Artes, lo que finalmente hice, pese a la oposición de mis padres, con más o menos fortuna. En realidad, con menos fortuna, pero, una vez le demostré al mundo que nunca llegaría a triunfar como pintora, recurrí al ofrecimiento del abuelo y empecé a trabajar de ayudante en el Departamento de Diseño de su empresa, dedicada a la fabricación y la venta de ropa infantil y juvenil. Descubrí que era feliz diseñando ropa para niños, que ir a trabajar no me suponía ningún esfuerzo, ya que era algo que adoraba. Cuando el director de proyectos —mi abuelo, que parecía querer sostener él solo el sistema de Seguridad Social español— se jubiló por fin a los ochenta y siete años, yo ocupé su puesto, y el primer cambio que hice fue en el nombre y el diseño del logotipo de la empresa, que pasó a llamarse Poppy.<sup>1</sup> También modifiqué el estilo de la ropa, empezando a crear nuevas líneas llenas de color y alegría, porque era eso lo que me transmitía la infancia. Cada año dedicaba una pequeña línea a algo especial, como las imágenes que conservaba de Menorca, llenas de luz, de sol, del azul del Mediterráneo, o me volcaba en diseñar algo que

1. «Amapola» en inglés.

evocara el mundo de los cuentos infantiles o la selva amazónica. Lo que fuera con tal de darle ese punto único y especial a la prenda.

—Recuérdame de nuevo por qué me he metido en esto —insisté a Diana, ya que necesitaba una voz cuerda que le diera sentido.

—Porque adoras a los niños, nadie más que tú se implica en la empresa y...

—¿Y?

—Estás más loca que una cabra.

Una mujer de unos setenta años pasó trotando frente a nosotras con un cartel que rezaba «vaca», un gran cencerro colgado al cuello y mugiendo. Ambas nos quedamos mirándola espantadas.

—Bueno, puede que otras estén aún más locas que tú —afirmó Diana mientras sacaba su cámara y disparaba una ráfaga.

—Son del grupo de teatro aficionado de la asociación de vecinos. Van a representar el cuento *Jorgito y los animales de granja* —la excusé yo, aunque me pregunté por enésima vez si aquello no acabaría en un desastre descomunal.

Mi amiga puso los ojos en blanco y, después, meneó la cabeza.

—No quiero conocer a quien hace de Jorgito.

—¡Míralo! Ahí lo tienes —dije señalándolo con el dossier de la presentación enrollado.

El chico, de unos veinte años, al que reconocí porque trabajaba en una empresa de mensajería que solía repartir paquetes en Poppy, se acercó a saludarnos. Sus *piercings* y su cresta habían desaparecido y, en su lugar, llevaba una gorra abierta con una especie de ventilador de plástico en la frente. Lo habían vestido con un peto vaquero de pantalón corto, calcetines blancos hasta la rodilla y zapatos negros. Mi estudiada frialdad frente a lo antiestético sufrió un sofoco.

—Hola. No sabía que fueras actor —murmuré cuando lo tuve frente a nosotras.

Diana seguía muda de asombro y ni siquiera había sacado la cámara para immortalizar el momento.

—No lo soy. Mi madre, aquella que va vestida de león..., pues *naaah...*, que...

Dirigió la mirada hacia una mujer mayor con el pelo teñido de rubio y cardado que llevaba unos guantes rosas de fregar en los que había pintadas una especie de garras con tinta negra y que estaba ensayando el rugido con gran pasión.

Diana y yo nos tapamos los oídos a la vez, y su hijo hizo una mueca resignada.

—*Naaah...*, que me pilló una china de *marijuana* en el cajón de los calcetines, y éste ha sido su castigo.

—¿Eh? —pregunté desconcertada.

—Una piedra de maría, Álex, que a veces parece que naciste en otro siglo —apostilló Diana, mirando con algo más de interés el esperpento que tenía delante.

—De hecho, nací en otro siglo —musité, despistándome de nuevo cuando una madre me agarró del brazo y lo sacudió.

—¿Dónde está el baño? Coque se está haciendo pis.

—Está ahí detrás.

—Ése está ocupado por unas mujeres medio desnudas. No puedo dejar que mi hijo entre ahí, sufriría un trauma de por vida.

—Son las de danzas exóticas. En algún lugar tendrán que vestirse, digo yo.

—Dirás que en algún lugar tendrán que desvestirse. No me parece adecuado que salgan así en un espectáculo infantil. ¡Qué va a pensar el AMPA!

—Dirá el *hampa* —me susurró Diana, y a mí me entró la risa nerviosa.

Alguien tiró entonces de la manga de mi blusa y me volví sin reconocer en un primer momento a la persona.

—¡Mamá! —exclamé al fin—. ¿De qué vas vestida?

Ella giró sobre sí misma y varias hojas de parra revolotearon alrededor de su cintura. Observé su pelucón pelirrojo y el sujetador de lentejuelas negras con bastante estupefacción.

—Vamos a bailar el *hula* de Bombay.

—¿Bombay? ¿Eso no está en la India? —interrumpió Diana.

—Dirás Hawái, mamá.

—Pues eso es lo que he dicho.

—Ya.

—Es buenísimo para fortalecer los músculos pélvicos —afirmó contoneándose obscenamente.

El repartidor la miró con ojos desorbitados.

—¿Qué músculos dice, señora?

—Los de aquí —respondió mi madre señalándose el pubis.

Diana soltó una carcajada y el actor que interpretaba a Jorgito se quedó mudo mientras las orejas se le coloreaban de rojo como en un dibujo animado.

—Mamá, que igual no deberías ir dando tantas explicaciones —susurré entre dientes.

—¡Anda que no! Si supieras qué vigor han alcanzado. Lo que entra aquí no sale si yo no lo dejo —me confió.

Diana continuó riéndose a mandíbula batiente, y el actor en ciernes se alejó balbuciendo una disculpa.

—No le hagas caso a tu hija, Manoli, y tú explícame eso mejor, que creo que me voy a apuntar a tu clase —aseguró Diana entrelazando su brazo con el de mi madre para alejarla de mí.

Se lo agradecí con una sonrisa y me agaché para recoger varias prendas de repuesto por si había algún imprevisto. Al levantarme, noté un molesto dolor al final de la espalda.

—Ya tengo otro hueso roto en el cuerpo —murmuré a nadie en particular.

—No creo. —Diana me dio un pellizco en una nalga, regresando a mi lado—. Está mullidito como un cojín.

La miré sin lograr enfadarme con ella.

—Deja de tocar, que te veo venir.

Ella me lanzó un beso y me guiñó un ojo, lo que hizo que yo le correspondiera con una sonrisa sincera. Diana era la mejor fotografía de la zona norte... del barrio de Malasaña. Nuestro presupuesto era más que ajustado, y se había ofrecido a trabajar gratis, gracias a que una vez había sido novia de mi hermano. Yo me preguntaba si eso era lo que le había hecho descubrir que, en realidad, le gustaban las mujeres.

—¿Va a venir tu prima Almu? —inquirió con interés.

Negué con la cabeza, perdida en un nuevo tumulto. Después de unos instantes, me volví hacia ella.

—No, ya sabes que, tras el accidente, se ha desentendido bastante de lo que sucede en la empresa. Pero Ana me ha mandado un GIF de apoyo —le dije enseñándole en la pantalla del teléfono las imágenes de Rihanna cayéndose por la escalera de un escenario—. Creo que tiene algún espía aquí que se lo ha contado —mascullé ante las carcajadas de Diana.

Ana y Almudena eran mis primas hermanas. Nacimos en tres días consecutivos de un caluroso mes de agosto, lo que provocó que a partir de aquel año brotara en nuestra familia la imperiosa necesidad de trasladarnos en la época estival a Menorca. Ana nació a las once y cincuenta y siete minutos, Almudena lo hizo a las doce y tres minutos del día siguiente. Nadie recuerda exactamente a qué hora nació yo. Mi madre dice que estaba demasiado agotada y sedada para darse cuenta de algo, y que sólo deseaba, palabras textuales, «Que me sacaran de su cuerpo, aunque fuera con una sierra mecánica». Mi tío no daba abasto con sus dos nuevos vástagos, y mi padre es incapaz de recordar el día que nació él. Mi hermano Roberto nos llamaba «el trío calavera». Las tres AAA, de «audaces, auténticas y anárquicas». Ana era la inteligente, Almu la dulce, y yo... era yo. Tenía poco de todo, porque todo se lo había quedado mi hermano, incluida su lengua viperina cuando había que buscar motes. Y yo era su preferida a la hora de recibir la mayoría de sus dardos envenenados.

Con un poco más de ánimo, carraspeé, levanté la voz y me dirigí a los pequeños modelos, esos monstruitos egocéntricos que no paraban de revolver el atrezo entre bastidores, empujando a los demás participantes. Nada me gustaba menos que organizar desfiles o presentaciones de moda.

—¡Hola! Soy Álex Torres —saludé con una gran sonrisa.

—¿Álex Torres? —preguntó un niño—. Eso es un nombre de jugador de fútbol, y tú no lo eres.

Resoplé y sonreí de nuevo.

—No, no lo soy. Soy la que ha diseñado la ropa que hoy vais a presentar.

—¿Nos vais a pagar? —me interrumpió una madre, y yo la fulminé con la mirada.